alfredo o el dibujo

Alfredo González Sánchez (Agüeria, Asturias, 1933) ha tenido que emplear toda una vida para empezar a depurar su mucha sabiduría acerca del dibujo, y sobre todo para explicarse a sí mismo el intríngulis de esta maravillosa artesanía que algunos sabemos que pertenece más al territorio de la vida que al de la cultura. En suma: uno de los asuntos carnales más maravillosos.

Yo le conocí en los años setenta, cuando estaba dejando de lado ser uno de los mejores dibujantes publicitarios de España para vérselas a ratos con la realidad más chata en publicaciones como *La Codorniz, El País, La Calle, Cambio 16*, o *Diario 16* entre otras, bien como ilustrador o, con más frecuencia, como caricaturista. Y ya entonces me deslumbró su capacidad para moverse en ese territorio de lo artificioso (de lo inane, directamente, en el caso de otros compañeros) tratando de arrancarle a la tozuda realidad un poco de su espíritu para no quedarse, que es a lo que están abocados casi todos esos trabajos de urgencia, en el reflejo de su cáscara.

la ciudad

Pero fue aquel también un tiempo, anunciado desde la década anterior, en que Alfredo, en paralelo, nos demostró que un dibujante podía llegar a establecer un pacto con la ciudad para dibujarla, no a gusto de él, como suele ser el lugar común de muchos practicantes de esta vertiente, sino a gusto de la modelo y del creador, sin que la voz de la una se impusiera sobre la del otro.

Nos deslumbraban sus vistas urbanas (Madrid, Moscú, o Nueva York) porque decían y expresaban cosas escondidas en la trastienda de lo que hemos convenido en denominar «realidad». Particularidades misteriosas que parecían revelarse por vez primera para suscitar el pasmo de unos espectadores que, sin necesidad de ningún corpus teórico que nos explicase y justificase aquello, abandonábamos nuestro centro, mediatizado por tantos lastres sociales, para sumarnos a ese diálogo abierto.

Aquella línea que interpretaba a los edificios, siempre en relación con los hombres, venía directamente de la sangre, y no de la mente, y era tercamente poética a sabiendas de que de lo contrario no sería más que un puro alarde de destreza, —y destreza para apabullarnos era algo que le sobraba a Alfredo—.

Casi por vez primera, porque no olvido a otros antecesores (como el divino Steinberg, por ejemplo), yo tenía la sensación de no encontrarme con un dibujante urbano que, como diría Keko, llegaba al papel «trayendo la faena hecha», sino que se dejaba interrogar por lo que tenía ante sus ojos. Un dibujante en permanente peligro, como el buen torero, que no se administra cuando anda enfrascado en la faena y calcula las distancias como signo de respeto.

lo primigenio

Paulatinamente, sin embargo, en lo que yo creo que tuvieron mucho que ver sus varios recorridos por el Camino de Santiago, Alfredo fue dando guerra a todo el estilo que vertía sobre el papel para empezar a arrancarle a la hoja en blanco una espontaneidad más verdadera, que era la que ahora empezaba a responderle a sus dudas.

Y así se fue enzarzando con lo que en todo espacio y tiempo hay de permanente, auxiliado por una mayor dosis de contemplación, lo que debió de ser fácil para quien en su día fuera fraile, y por una tranquilidad más decantada y luminosa.

Los cien dibujos que ahora expone el Museo ABC forman parte del corpus ilustrativo de sus desmemorias, ***La ventana de atrás***, publicadas gracias al tesón de Mauricio d´Ors y Adriana Huarte, y son la quintaesencia, plena de savia y sabiduría, del que para muchos de nosotros es uno de los grandes maestros de lo que al principio llamé «artesanía» y ahora llamo «arte», porque ambos términos pueden convivir sin tensión cuando nos referimos a los mejores. Y no son dibujos encuadrables en esta u otra categoría o tendencia, de las muchas que los críticos barajamos como divertimento, sino que son El Dibujo, la huella de lo que un buen dibujante persigue toda su vida como un obsesivo rastreador, aprendiendo primero y desaprendiendo a partir de un momento dado, siempre a base de instinto, y nunca conformándose con los cicateros y anémicos logros.
El Dibujo: lo que queda cuando el buen dibujante ya no forma parte de los que se emborrachan con su pericia, sino que está plenamente solo... o, como aquí, a solas con sus recuerdos. Cuando la sociedad ya no puede constreñirle en una u otra etiqueta y sólo su línea, en cuyo interior se encuentra él, nos habla. Cuando la obra, de tan verdadera, está inacabada.

—Felipe Hernández Cava, guionista y comisario de exposiciones—

+INFORMACIÓN

MUSEO ABC Amaniel, 29-31. 28015 Madrid
T. +34 91 758 83 79 www.museoabc.es
De martes a sábado de 11 a 20 horas
Domingo de 10 a 14 horas

exposición 30.03.2017 — 11.06.2017

Fundadores Museo ABC

Patrocinadores

MUSEO ABC

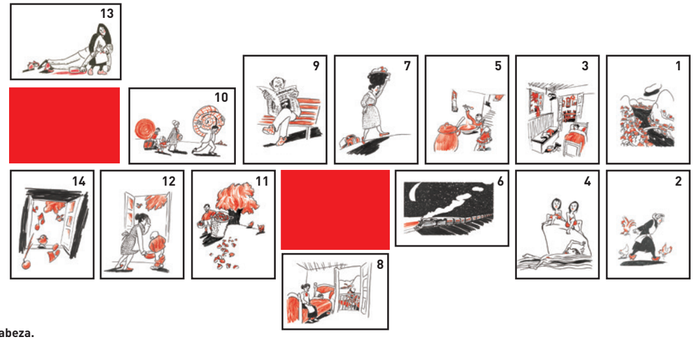
«Dibujo ciudades porque soy de pueblo y digamos que veo los contrastes. Dibujo en la calle, lleno de miedo y timidez. Dibujo desde la acera, desde un andamio, desde el coche, desde una terraza, desde el trampolín de esquí de Moscú, con miedo a que un negro me empuje al East River desde el puente de Brooklyn, y siempre con miedo a la cartulina en blanco».

la ventana de atrás

alfredo

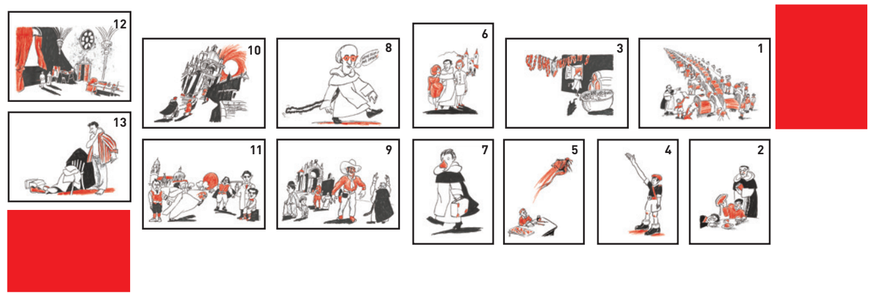
desmemorias de un dibujante

1. infancia en agüeria



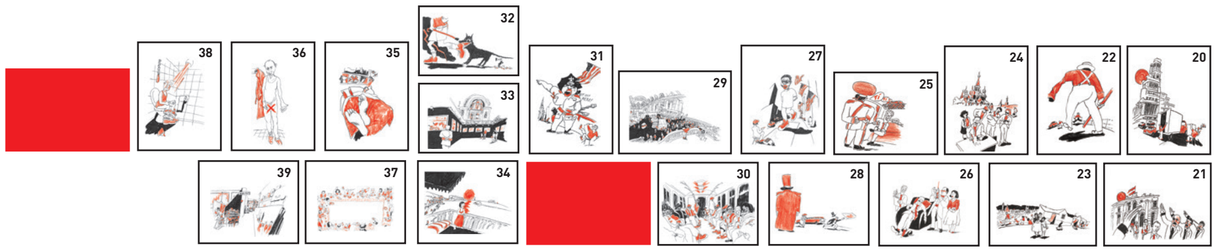
1. El río Negro se despeña entre brezos desde lo alto de la Sierra de Casomera, y ya entre hayas y helechos, sigue su camino siempre rápido hacia el mar.
2. La abuela Remedios.
3. Al nacer mi hermana Hildegar, me deshabitaron del cuarto de mis padres, y me acomodaron en un cuartito sobre la escalera, donde me hicieron una cama a la medida de la habitación. La *mi camina*, la llamaba.
4. Al nadar boca arriba desnudo, mi pilila emergía nadando contra corriente como un pececillo.
5. Mi madre me ponía sobre la mesa aquel plato grande y hondo, hasta arriba de *farines*, unas gachas de maíz, agua y sal.
6. Oigo, hoy todavía, el jadeo de la locomotora y sus silbidos en la noche, por los campos de Castilla.
7. Con su asma y un gran cesto de mimbre, mi madre iba al economato y traía todo lo necesario.
8. Me veo en la cama, en la habitación de mis padres, rodeado por los abuelos y por mi madre, tras un episodio de fiebre alta, alucinaciones y grandes dolores de cabeza.
9. Mi padre, sentado en el banco de madera bajo el corredor, leía –siempre en voz alta– *La Nueva España*.
10. En los veranos, mi padre nos acompañaba hasta algún pueblo de León, cercano a la capital, donde íbamos "a secarnos".
11. Todos los otoños prometía a mi madre, sin faltar a la escuela, llenarle de castañas aquel gran cesto de mimbre.
12. Mi tía Fela tenía las manos cuarteadas, y por lo visto un buen remedio era orinarlas. Y ¿qué mejor que un niño inocente?
13. La abuela Remedios se arremangaba el mandil a la cintura y recorría a zancadas los chigres en busca del abuelo, antes de que acabara con el jornal. Y volvía con él bajo el brazo, un paisano de más de uno ochenta, con los pies arrastrando.
14. La ventana de atrás fue mi puerta de salida al mundo, mi escape, mi paraíso.

2. con los dominicos

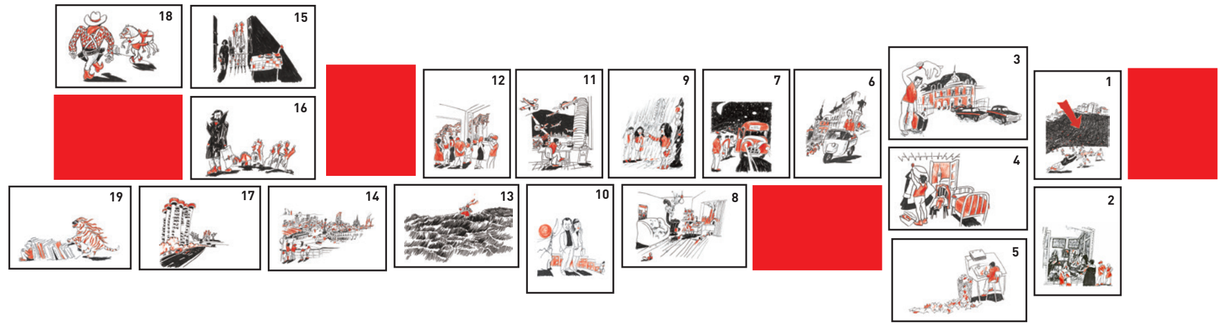


1. El inmenso y diáfano dormitorio de Villava, sin cortinas y con dos hileras de camas metálicas en batería.
2. Lo que nunca faltaba era el *cementum* –¿gachas de almortas?–, puro alimento. Era de tal densidad que, aunque invirtiéramos el plato, no se despegaba.
3. Gobernaba Montes Claros un leonés anciano, grueso, huraño –y tacaño–, el prior P. Ordóñez. Pronto supimos de su bien nutrida despensa.
4. Y al final todos gritábamos brazo en alto: "¡Franco, Franco, Franco!"
5. En Vergara teníamos habitaciones grandes, individuales, con pulgas como cucarachas.
6. Vestidita con traje de chaqueta y falda de tubo, sentí a Vitorina, neumática, apretarse a mi costado.
7. Horrorizado vi que entre los ojos tenía un pimiento morrón, y de los más grandes.
8. El P. Llamera era un leonés enérgico, duro, astuto, con destellos de ternura a veces, y de un pedregoso sentido del humor.
9. Veíamos y desgranábamos, en compañía de cinéfilos de fuera del convento, a Chaplin, el neorrealismo italiano, Bardem y Berlanga, Hitchcock...
10. Con la bendición de mis padres, satisfechos de ver a su hijo en la buena dirección, me dejé deslizar hacia Salamanca...
11. Sin saber de dónde venían, en nuestro entorno fueron apareciendo libros, autores, poetas como Kafka, Machado, Lorca...
12. Tras aquella puerta me esperaba el estudio de mi vida: una capilla renacentista abandonada.
13. Para mi salida del seminario elegí una camisa rayada en rojo y una corbata del mismo color. Al final se me antojaron también unos zapatos de ante caros...

3. alfredo dibujante

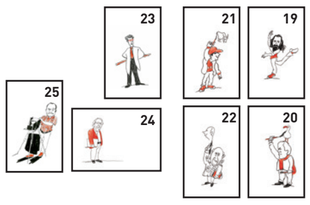


1. Por Reina Victoria abajo terminé en la 'gradona' del Estadio Metropolitano, y fui uno más entre los muchos miles de aficionados, pero vestido de hábito.
2. Todas las mañanas, cumplido mi trabajo en el altar, me iba de paseo hasta el Museo del Prado...
3. Mi padre me compró un reloj Certina muy bueno, que me dio la hora durante muchos años.
4. Colgué los hábitos detrás de la puerta, como hacía todas las noches al acostarme. Pero esta vez los colgué por la mañana, y eso era muy diferente.
5. ... y por conocidos llegué hasta Estudios Moro, donde se hacían *spots* publicitarios y dibujos animados...
6. Me recuerdo de copiloto en un motocarro –como el de Plácido– en las inauguraciones de una galería por El Rastro.
7. ... bajábamos al metro de Estrecho, hasta Legazpi, y desde allí en una camioneta, como las que antaño nos llevaban al fútbol...
8. El sofá verde, con sus sábanas y su manta más o menos lavadas, era la habitación de las visitas.
9. Mientras cruzaba con Marisa (mi proyecto de novia) el semáforo en verde, se nos plantó delante Carmina (mi novia oficial), mojada, llorosa y despeinada.
10. Como suele decir Marisa, nos casamos como dos presos, a las ocho de la mañana, en la parroquia que regía don Demetrio.
11. En octubre de 1971 emigré solo a Caracas. Me había contratado una agencia de publicidad.
12. En ocho años –viajé varias veces más a Venezuela– inauguré seis exposiciones, más que en todo el tiempo que llevo de vuelta en mi país.
13. En el viaje de vuelta desde La Guaira a Barcelona pasamos una noche aterrados, oyendo cómo las olas golpeaban el ojo de buey del camarote.
14. Antes de atracar ya vi entre el gentío a una monjita de hábito pardo. Era sor María Gracia de la Eucaristía, la tía Eulalia, hermana de mi padre.
15. Con sólo abrir las cortinas se me aparecía la Sagrada Familia, donde la piedra se retuerce y arde...
16. Me envolví en un elegante abrigo de cuero argentino y me eché a la calle con mi carpetón de 70 x 100 cm lleno de muestras.
17. En junio de 1977 alquilamos una furgoneta, cargamos el baúl enorme, y volvimos a Madrid, tras seis años lejos de nuestra ciudad.
18. Un ayudante de producción lleva a cuestas un caballo de cartón, tamaño natural, seguido por un John Wayne de paso marcial y desafiante...
19. Fue y es muy gratificante ilustrar libros, aunque sea algo así como adornar lo que ha creado otro.
20. Nada más sentarme... puede ocurrir que una furgoneta aparque ante mí y me tape la vista. Paciencia y volver a empezar.
21. A la salida de Las Salesas, en el juicio del caso Atocha, nos recibían los falangistas brazo en alto cantándonos el *Cara al sol* en la oreja.
22. Un manco del páramo leonés cogió una vara de dos metros cuando intenté hacerle un apunte.
23. Por un barrio de chabolas de Madrid tuve que huir cerro abajo, perdiendo lápices y cartulinas, mientras me corrían a pedradas y me echaban encima un perro.
24. En la Plaza Roja comencé mi dibujo y esta vez ningún policía me exigió la ¡DOKUMENTA!, tal vez por la guarnición de curiosos que iban llegando.
25. –¡Güisqui! –pedía Ignacio Carrión.
–Niet, ti! (té) –respondía la matrona del tren.
–¡Güisqui!
–Ti! –Y así hasta Moscú.
26. Al final me derrumbé de una lipotimia en el Bolshói, cuando trataba de dibujar el agonizante baile de Gisela.

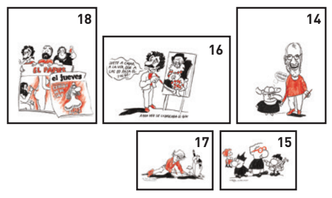


27. En Nueva York uno se siente un gusano insignificante. Eso debió de pensar de mí el negro que, al salir del metro, pasó por encima de mis dos cartones inmaculados...
28. Fue insólito ver cómo corría detrás de mis papeles –otra vez el viento– un distinguido matrimonio que salía de un portal de la Quinta Avenida...
29. En Grand Central Station me quedé hipnotizado ante la gran sala de espera, por donde cientos de viajeros correteaban o hacían cola...
30. Anochecía, cuando nos sumergimos en el metro en Lexington Avenue. El personal se iba ennegreciendo según pasábamos las estaciones hacia el Bronx.
31. A los pocos minutos, y bamboleándose, apareció 'el sheriff', una policía negra, grande como un autobús.
32. Al pasar por Padornelo un perro –que no ladraba– me atacó por la espalda, mordiéndome el talón.
33. En 1990 se expusieron en Murcia mis originales sobre la región en la iglesia desacralizada de San Esteban.
34. L'Olla d'Altea es una pequeña ensenada que nos mete el mar en el salón de casa: azul y agua, sol y sal.
35. Mi única y más vergonzosa 'victoria' fue quedarme con el ancho lecho matrimonial, para dormir al bies yo solito.
36. Siento pena de mí cuando me veo en el espejo del baño: unos bracines como cebolletas, unas tetas caídas...
37. En la mesa del Asador Donostiarra, en la comida mensual de gente del mundo de la ilustración y el humor...
38. El éxito de cada día es amanecer vivo, y, como cualquier mamífero, cumplir con los más humillantes actos del hombre: cagar y mear.
39. Sentado al tablero de trabajo, en la silla giratoria –mi palo de gallinero–, miro a mi alrededor y me aumentan el latido y la confusión: ¿cómo vaciar todo esto?

4. colegas y amigos

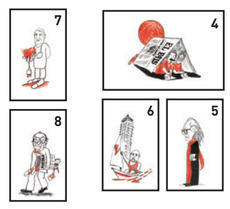


19. Raúl.
20. Juan Ballesta.
21. Jorge Arranz.
22. Peridis.
23. Don Vicente, el maestro de Agüeria.
24. Jacobo Pérez-Enciso.
25. Juan Toribio.

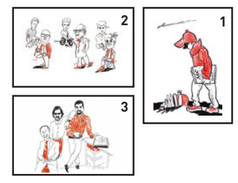


14. Jordi Amorós.
15. El FER con los suyos.
16. El GIN.
17. Kim.
18. Las revistas satíricas *El Papus* y *El Jueves*.

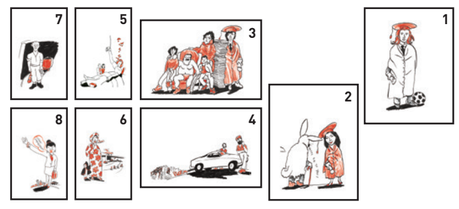
9. Manuel Eléxpuru.
10. José Luis Gutiérrez.
11. Álvaro de Laiglesia, Summers y Máximo (los tres directores de *La Codorniz*).
12. Ignacio Amestoy y Alfredo.
13. José Luis Coll y Pedro Ábrego, dueño del Asador Donostiarra.



4. Ignacio Carrión y Alfredo.
5. Francisco Umbral.
6. Manuel Vicent.
7. El doctor Elbal, cardiólogo.
8. Emilio Romero y Alfredo.



1. Alfredo con el *ABC* (dibujo realizado para la exposición).
2. Carrasco, Puertollano y Cruz Novillo (ayer y hoy).
3. Gallego y Rey.

5. familia

1. Alfredo hijo.
2. Mi hija Araceli.
3. Mi hijo Luis con los Barretto (familia americana).
4. Mi cuñado Juan y su Ford Mustang en Caracas.
5. Alfredo hijo con embolia.
6. Loli, hermana de Marisa.
7. Mi padre saliendo de la mina.
8. Marisa: "¡Estoy embarazada!"